

Tiempos y espacios en la crisis centroamericana

Marcos Roitman Rosenmann

1. Cuando hablamos de crisis, de qué crisis hablamos

No es fácil conceptualizar bajo un denominador común, capaz de explicar sintéticamente, las características que asume la crisis en Centroamérica y menos aún unificar realidades sociales tan disímiles como la que forman los países del área. Afirmar, por otro lado, que las sociedades centroamericanas se encuentran hoy atravesadas por una crisis global es plantear, aceptando con grave riesgo para comprender la realidad social y política de los estados centroamericanos, el que ha existido un tiempo y un espacio previo capaz de ser tenido en consideración como un período histórico marcado por una estabilidad orgánica. Analógica dualidad tiempo de estabilidad-tiempo de crisis, que nos obliga a replantearnos el cómo se ha construido el escenario y el marco histórico desde los cuales se interpreta la crisis en Centroamérica.

Pareciera ser que la crisis actual es el resultado de una creciente deslegitimación política y social del bloque dominante y de una forma excluyente de ejercicio del poder por parte de la clase hegemónica. Situación que ha dado lugar a una manifestación radical y polarizada del conflicto y de la lucha de clases. El que se manifieste con tanta intensidad ha sido sólo cuestión de tiempo y del desgaste sufrido por la oligarquía en sus más de cien años de mantenerse en el poder político. Lo que subyace, pues, como marco explicativo para interpretar la crisis son las consecuencias que acarrea un estilo político y un modelo de desarrollo inalterado sustancialmente en el tiempo, cuyos pilares básicos se siguen imponiendo; siendo el poder omnímodo de las oligarquías el denominador común que daría cuenta del sentido, contenido y extensión de la crisis.¹

El escenario de la crisis política se visualiza como la contradicción existente entre orden de dominación oligárquico y el proyecto liberador con contenido democrático burgués. Interpretación que tiende a trasladar el escenario a todos los espacios que constru-

yen la realidad social. Así, la crisis es, en cuanto expresión del conflicto, indivisible, correspondiéndose miméticamente sus espacios y tiempos a un principio único de explicación edificado a partir de presentar la contradicción como quiebra del orden de dominación oligárquico. Crisis política, social, económica y militar se asimilan como partes autónomas pero dependientes de ese principio de explicación.

La crisis política expresaría una crisis en el sistema de dominación cuya consecuencia para la oligarquía sería la pérdida de consenso, que impediría el normal funcionamiento del orden oligárquico, caracterizado por su uso indiscriminado de la violencia y de la fuerza para hacer frente a la lucha política. Pérdida de consenso hegemónico que hace entrar en crisis la alianza interna del bloque dominante, repareciendo en su interior sectores que, antes comprometidos con el orden oligárquico, se desprenden para pasar a defender su propio proyecto societal. El tiempo de estabilidad interna es reasimilado como tiempo de hegemonía oligárquica, considerando que las manifestaciones externas del ejercicio del poder, como la represión, la violencia institucional, el caciquismo, la corrupción, etc., son constantes que no pueden interpretarse como crisis de dominación, sino como parte del estilo político que define intrínsecamente al régimen oligárquico-militar.

¹ En esta línea argumental se encuentran la mayoría de los trabajos de científicos sociales europeos ligados a la internacional socialista. Véanse: Martínez, Miguel Ángel: "Occidente y Centroamérica" en *Leviatán*, Núm. 16, Madrid, 1984, pp. 57-65. Moran, Fernando: "Europe's role in Central America: A Spanish socialist view", en *Europeamerica*, Núm. 3, Council on Foreign Relations, New York, USA, 1985, pp. 6-45. Flores, Elena: "A modo de introducción" en *Caminos de la democracia en América Latina*; Ed. Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1984, pp. 55-65. Paramio, Ludolfo: "La política exterior norteamericana y América Latina" en *Caminos de la democracia...* Op. Cit. pp. 77-89. De igual forma se incorporan a esta visión los análisis propuestos por el Informe Kissinger. Véanse: Castillo Rivas, Donald: "Una visión global del problema centroamericano: más allá de la crisis", en *Centroamérica más allá de la crisis*. Ediciones SIAP, México, 1983. Kristol, Irving: "Should Europe be concerned about Central America?"; en *Europeamerica*, Núm. 3, Op. Cit., pp. 45-70.

Las contradicciones que se han explicado en el bloque dominante, entre oligarquía y aquellos sectores que pasan a defender su propio proyecto político, son interpretadas como las consecuencias de una maduración de la burguesía que, hasta ese momento inactiva, rompe el pacto al considerarse con fuerzas suficientes para imponer su dominación de clase y arrebatar a la oligarquía el poder del Estado; es el tiempo de la revolución burguesa. De esta manera la crisis política deja de ser una demostración, *estictio sensu*, del agotamiento de un modelo de desarrollo donde se encontrarían también imbricados los sectores no oligárquicos pertenecientes al bloque dominante y que se podrían conceptualizar como burguesías locales. El principio de la crisis política se hallaría en una reformulación de estilo, de manera que la refundación de la sociedad política deja inalterado el tipo de Estado, al no tratarse de una crisis orgánica y de dominación hegemónica de la burguesía como clase.

La crisis social sería la expresión, en la sociedad civil, de la lucha por el poder político que se desarrolla en el interior del bloque dominante a nivel del control de las instituciones y por tanto del aparato de Estado. Su fisonomía se corresponde unívocamente con el contenido material que viene determinado por la forma que adquiere la quiebra del pacto de dominación política. Si esta forma expresa una contradicción entre la oligarquía y burguesía, los sujetos históricos que definen la marcha y desarrollo de la lucha de clases se hayan determinados estructuralmente por el tiempo de dominación imperante y por las transformaciones que debe acometer la clase social emergente y protagonista del cambio. Clase social que ha logrado consolidar su hegemonía en la sociedad civil y expresaría en sus aspiraciones, no sólo su concreto interés de clase, sino la de todas las clases subalternas o dominadas que, por el tipo de estructura social prevalente en el régimen oligárquico, no han logrado consolidarse como clase para sí. El proyecto hegemónico es, por tanto, materialización concreta de una clase que incorpora en su alternativa todas las propuestas inacabadas o aspiraciones de cambio social que se presentan en la sociedad civil. El proyecto político-social de clase es ya, en esta dimensión, generalizador y amplio en sus contenidos, siendo los valores propios de la institucionalización del orden burgués, democracia, participación, libertad de asociación, expresión, educación, los que se imponen como la tarea inmediata a acometer.

Negar explícitamente la existencia de una estructura social determinada por la presencia y actuación de la lucha de clases como expresión actual de la

crisis, ha creado la sensación óptica de ser el conflicto social centroamericano consecuencia de un poder despótico, militarizado, represivo y excluyente, que ha marginado por igual a todos los grupos y sectores sociales no pertenecientes a la oligarquía. Avalándose así la necesidad de un modelo político articulado en torno a las burguesías locales, únicas supuestamente capacitadas orgánicamente para arrebatar el control y poder político a la oligarquía. El consenso, característica de este proyecto, tendría un efecto multiplicador ya que consolidaría e institucionalizaría mecanismos de participación social propios de un proyecto liberador de amplio contenido, desde donde se reformularía el pacto social. En definitiva una transición sistémica que no estructural.

Mantener criterios políticos maximalistas que fuesen más allá de la dinámica que marca los límites a la crisis social existente, como es la formulación de una alternativa popular-revolucionaria, no dispondría de espacio social para consolidarse dado que supone agotado la vía de una transición sistémica, negando a la burguesía su papel dirigente y democrático en el proceso de cambio.

La relación espacio-tiempo que unifica internamente ambas crisis, la política, expresión de la deslegitimación del poder institucional de la oligarquía y la social, consecuencia de la consolidación de la burguesía como representante legítima de los intereses de la sociedad civil, sitúa a los actores principales de la crisis en un escenario caracterizado por un conflicto entre régimen oligárquico y régimen democrático-burgués. La crisis económica que enlaza e interrelaciona estructura y superestructura es considerada como la expresión de agotamiento del modelo de desarrollo agroexportador dependiente del tipo de dominación oligárquico. Los espacios históricos, político, social y económico, confluyen en la representación de un escenario ordenado estructural y causalmente categorizado, por suma de las partes, como crisis estructural; estructural, desde luego, en cuanto que crisis de dominación militar-oligárquica. Sucesión jerárquica y adición de problemas estructurales que sirven de base para exponer ordenada y lógicamente el contenido y dimensión absoluta de la crisis centroamericana. Esta conceptualización de la crisis, propia no sólo de los análisis provenientes del marxismo determinista, sino también de la sociología funcionalista o "positivista posmoderna" que argumenta sobre la existencia de un espacio y tiempo homogéneo para interpretar el conflicto en Centroamérica, entra en contradicciones históricas nada más iniciarse un estudio mínimamente riguroso de la realidad social, política y eco-

nómica del área a partir de principios del presente siglo.

La primera interrogante que nos asalta en este contexto es el desesperado intento por demostrar que la actual crisis de la región es coincidente, en todas sus dimensiones, con la construcción de un escenario dominado por un antagonismo entre orden oligárquico en descomposición y orden democrático-burgués por construir.

2. Espacios y tiempos en la crisis centroamericana

En primer lugar partimos del planteamiento de pensar la crisis como una yuxtaposición de diferentes tiempos y espacios de conflictos que permiten avalar la siguiente tesis: la crisis no es sólo una demostración de la descomposición tardía y lenta del orden de dominación oligárquico-tradicional, sino una manifestación de la quiebra de un proyecto democrático-burgués que entró en crisis tempranamente, deslegitimando a la burguesía como representante actual del cambio social.² En segundo lugar, mantenemos que la crisis económica no es sólo consecuencia de un sistema productivo basado en la monoproducción agroexportable que estrangula las posibilidades de un mercado expansivo y dinámico cautivo controlado por los terratenientes. Por el contrario, la economía centroamericana ha evidenciado ciclos de expansión y crecimiento económico que han desfigurado el modelo agroexportador.³ La crisis es más que una simple crisis en la forma de acumulación y reproducción del capital, es expresión de un modelo altamente concentrador, excluyente, de escasa productividad social donde se unen, nuevamente, dos procesos inconclusos: la desaparición total del sistema agroexportador y la consolidación de un mercado interno autogenerado y expansivo con dinámica interna propia. En conclusión, la existencia de una superposición de tiempos y espacios claramente diferenciados tienden en su dinámica a confluir en la explicación causal de la crisis; pero su estructura interna presenta una diversificación de conflictos que incorpora aspectos de una domina-

ción oligárquica, de hegemonía burguesa, de ciclos contrapuestos de acumulación de capital y de institucionalización política que dejan sin efecto la tesis de ser la crisis centroamericana, concomitante con la desarticulación oligárquica. Bajo este planteamiento central analizaremos las características de la crisis en Centroamérica.

El deterioro y vulnerabilidad que presenta el ejercicio del poder político en Centroamérica es síntoma claro de que estamos en presencia de una crisis orgánica y de legitimación que afecta a todo el orden societal y por ende al propio Estado.⁴ Es en este sentido demostración de la desintegración material del bloque dominante compuesto sustancialmente por la oligarquía y la burguesía local, en un tandem donde ha primado la fuerza política y militar de la primera, obligando a la segunda a oligarquizarse. Crisis abierta, además, por el surgimiento de nuevos sujetos históricos que han pasado de la pasividad a una gran actividad política, agrupando sus reivindicaciones bajo un proyecto popular-revolucionario que contraponen dos modelos de sociedad y no como se pretende hacer creer en la tesis anterior dos tipos de regímenes políticos. La existencia de un bloque popular conformado bajo la definición de movimiento popular da al conflicto esta dimensión estructural y orgánica de la cual carecía en los años sesenta.⁵

2.1. La crisis inicial

Los estados centroamericanos han presentado siempre signos de fragilidad institucional que impiden hablar de estabilidad político-social como un rasgo característico que define su proceso histórico.⁶ Más bien han sido sometidos a continuos vaivenes que no debe sorprender en absoluto al apelativo acuñado de ser Estados de inestabilidad permanente.⁷ Tras la derrota del proyecto federal del siglo pasado y el asesinato de Morazán, la construcción de los distintos estados-nación, se corresponde con la divi-

² Sobre este planteamiento pueden consultarse las obras de Torres Rivas, Edelberto: "Notas para comprender la crisis política centroamericana", Ed. EDUCA, San José, Costa Rica, 1984, pp. 23-52, "Escenarios, sujetos, desenlaces" en *Revista Mexicana de Sociología*, Núm. 3/84, pp. 5-27.

³ Véase el trabajo de Rosenthal, Gert: "Evolución de las economías centroamericanas", en *Centroamérica crisis y política internacional*, Siglo XXI, México, 1982, pp. 19-38. También puede consultarse: *Centroamérica, indicadores socioeconómicos para el desarrollo*. Ediciones FLACSO, varios autores, San José, Costa Rica, 1983.

⁴ Mantenemos la definición de crisis orgánica planteada por Gramsci, Antonio: *Pequeña antología política*. Libros de Confrontación, Barcelona, 1974, pp. 58 y ss.

⁵ Un buen intento de conceptualización de movimiento popular está en el trabajo de Camacho, Daniel y Rafael Menjivar: "Movimientos sociales en América Central", ponencia presentada a las Segundas Jornadas de Sociología de América Latina, Madrid, 1983. Propuesta teórica que será retomada como eje argumental para definir el movimiento popular revolucionario.

⁶ Torres Rivas, E.: "Síntesis histórica del proceso político" en *Centroamérica Hoy*, Ed. Siglo XXI, México, 1975, pp. 9-119.

⁷ Sobre la historia reciente de la inestabilidad de los estados centroamericanos puede consultarse la obra: *América Latina: historia de medio siglo*. Vol. 2, Ed. Siglo XXI, México, González Casanova, Pablo (Comp). 1981.

sión espacial y económica que privó durante la etapa colonial. Los intereses localistas de terratenientes guatemaltecos, hondureños, costarricenses, salvadoreños o nicaragüenses, permiten la balcanización del istmo y la formación de Estados independientes. Sin embargo, ello no fue más que el comienzo de un período de anarquía caracterizado por el surgimiento de ejércitos y caudillos locales que pretendían el control hegemónico del poder político-social. La mayor parte de las ocasiones el conflicto adquiere connotaciones geográfica-económicas entre ciudadanos o bien entre liberales y conservadores. Los conflictos armados evidencian el poder de caudillos que se autodesignan generales, ejercen el mando y extienden su control sobre la población campesina local dependiente del terrateniente.⁸

Así, entre 1821 y 1900 aproximadamente, se suceden gobiernos militares que se dan a la tarea de utilizar su poder para consolidar en el Estado a los grupos de terratenientes que representan o que bien forman parte, desechando la necesidad de plantear un proyecto unificador que solvente la construcción del Estado-nación como expresión de un dominio hegemónico consensuado ampliamente. Debilidad estructural de la oligarquía que explica en parte el porqué de la inestabilidad permanente y de la crisis actual.

2.2. Los intentos democrático-burgueses

La crisis mundial que podríamos acotar desde el período que va de la recesión económica, auge del fascismo y nazismo en Europa hasta su derrota militar y política en la Segunda Guerra Mundial por los países aliados (1929-1950), afectó con distinta intensidad y tuvo diferentes repercusiones en toda América Latina.

Centroamérica se encuentra gobernada en cuatro de los cinco países por dictaduras militares. Jorge Ubico en Guatemala, Tiburcio Carías en Honduras, Maximiliano Hernández en El Salvador y Anastasio Somoza en Nicaragua. Costa Rica se aleja de esta dinámica con los gobiernos constitucionales de Calderón y Picado (1940-1948). Situación dictatorial que no se halla muy distante de lo que acontecía en términos generales en el resto del Continente.

En Centroamérica la recesión supuso cambios cualitativos en su estructura productiva más allá de la crisis inducida por la baja de las exportaciones y de los precios de los productos agroexportables, café y banano. En Costa Rica las exportaciones no recu-

peran el nivel de 1929 hasta 1945. En El Salvador, Nicaragua y Guatemala se redujeron en un cincuenta y cinco por ciento promedio en un período de cuatro años a partir de 1929. Los precios del café en toda el área centroamericana, sólo recuperaron su nivel en 1946.⁹ El conjunto de la actividad productiva de la región cuya base era la exportación de café y banano se vio drásticamente disminuida y provocó un ciclo de estancamiento que afectó a toda la estructura económica por igual, siendo lo más notorio la pérdida del poder adquisitivo y de salarios, la inflación, la contracción del mercado interno, la crisis financiera y de inversiones. Los problemas del déficit en la balanza de pagos y la baja de exportaciones supusieron, también, una suspensión general del pago de la deuda externa. En 1935 estaban en mora el cien por cien de los bonos dólares en Guatemala, El Salvador y Costa Rica y el setenta y siete por ciento del total de los veintitrés con seis millones de dólares en poder de tenedores norteamericanos. Los escasos intentos proteccionistas para hacer frente a la crisis y potenciar la industrialización sustitutiva fracasaron por falta de coherencia y de iniciativas claras, además de ser economías frágiles y dependientes, en su desarrollo, de la inversión del capital extranjero.

La capacidad de las oligarquías centroamericanas para amortiguar los efectos de la crisis fue casi nula y se limitó a esperar que pasara el temporal. Mientras duró la recesión no hubo una política alternativa para poder emprender, con posterioridad, la vía de "modernización capitalista" de sus estructuras. Esta llegó de todas formas, pero como una consecuencia lógica del ciclo expansivo que vivió la economía mundial a partir de 1950 y que se manifestará abiertamente en los años sesenta en el resto de América Latina. Otra vez los cambios fueron inducidos por la dinámica que adoptaba el proceso de internacionalización del capital.

En conclusión, la crisis no afectó por igual a todos los sectores sociales, dejando intacto el poder de las oligarquías que vieron reducir sus beneficios pero nunca al extremo que las debilitara política, económica y militarmente. Así, es el desenlace de la crisis lo que distancia a Centroamérica de la evolución seguida por los países de América Latina. Mientras en el istmo no se crearon las condiciones necesarias para enfrentar la fase de desarrollo hacia adentro por sustitución de importaciones, en el resto de Continente los cambios introducidos en la estructura pro-

⁸ Véase Torres Rivas, E.: *Interpretación del desarrollo social centroamericano*. Ed. EDUCA, San José, Costa Rica, 1977.

⁹ Torres Rivas, Edelberto: *Interpretación del desarrollo social centroamericano*. Op. Cit., p. 162.

ductiva, para contrarrestar la crisis y que en el siguiente ciclo expansivo del capital diversificó la producción, encontró nuevos sectores sociales con proyectos políticos y consistencia ideológica que acabaron con el poder absoluto de las oligarquías tradicionales. Fue el tiempo de la eclosión de las burguesías internas y de los movimientos democrático-burgueses. En Centroamérica, por el contrario, no existió una etapa de transformación previa que modificara las relaciones de clase y de poder. Los sectores sociales emergentes, burguesía y clases medias, lo hacen sin tener una organización política o una concepción ideológica clara. La lucha por arrebatarse el poder a las oligarquías culmina con la implantación de un modelo como lo define Edelberto Torres Rivas autoritario-desarrollista.¹⁰ Los intentos democrático-burgueses son reabsorvidos por los grupos tradicionales o derrotados militarmente con Golpes de Estado que recomponen la unidad del bloque dominante integrando y cooptando a las burguesías que se unen estratégicamente al proyecto autoritario-desarrollista: es el fracaso y la derrota de la revolución burguesa.

Lo expuesto, sin embargo, no debe presuponer que la estructura económica y social se mantuviese inalterada y sin cambios sustanciales. Si bien el modelo de crecimiento "hacia adentro" y sustitutivo de importaciones no llegó a tener las dimensiones logradas en el resto de América Latina, la diversificación de la producción, fundamentalmente con la incorporación de nuevos rubros como el algodón, carne y azúcar, cambiaron la fisonomía y modificaron el tradicional modelo agroexportador. Los índices de crecimiento en la región entre 1950 y 1978 superaron el cinco con tres por ciento, lo que significa que el producto por habitante excedió en casi el ochenta por ciento el observado en 1950. La población urbana creció en ese mismo espacio de tiempo de un dieciséis a un cuarenta y tres por ciento. La participación relativa de las actividades primarias descendió de un treinta y ocho por ciento a menos del veintisiete, mientras que la participación relativa de las actividades secundarias ascendió de un catorce por ciento a más del veintiuno por ciento. La esperanza de vida al nacer pasó de cuarenta y seis con uno a sesenta años, la tasa de mortalidad infantil se redujo de un casi noventa a un cuarenta y nueve por cada mil nacimientos.¹¹ Datos que atestiguan cambios

cuantitativos que inciden, alterando, la estructura interna de las sociedades centroamericanas. La industrialización, pese a ello, no ha implicado más que una mayor concentración de la riqueza, acentuando las diferencias sociales preexistentes y agudizando las contradicciones de clase. Así, el veinte por ciento más pobre participa sólo del tres con siete por ciento del ingreso y el veinte por ciento más rico del cincuenta y siete con cuatro por ciento. Más del cuarenta por ciento de la población del Istmo se haya en condiciones de extrema pobreza y el sesenta y cinco por ciento de la misma vive por debajo del umbral de la "no satisfacción de las necesidades básicas".¹² A estas cifras hay que agregar el control que ejerce el capital norteamericano en el proceso productivo y su papel determinante en el desarrollo dependiente que afecta a la región.

Estos tres factores, diversificación productiva en los años 60, dependencia exterior y concentración del capital, son los que mejor explican el actual contenido de la crisis económica y dan razón de la debilidad estructural de las élites empresariales surgidas en los años 50 para enfrentarse a las oligarquías tradicionales. Contradicción resuelta con una simbiosis entre los nuevos grupos económicos que se desarrollaron al amparo del poder de la oligarquía cafetalera, creando un pacto implícito de distribución de ramas productivas entre oligarquía y burguesía. La crisis no es, en este sentido, resultado de la quiebra del modelo agroexportador, sino de un mercado débilmente estructurado construido a imagen y semejanza de las necesidades de la burguesía exportadora y del capital financiero nacional e internacional. Los cambios producidos desde los años 50 han terminado por desdibujar la imagen simplista de estar en presencia de una crisis del modelo de acumulación basado en el agroexportación. Las transformaciones rompen esta concepción que se muestra insuficiente para explicar el alcance y contenido de la crisis. Por el contrario, ésta parece ser más expresión de un proceso de industrialización sustitutivo inconcluso que tiene su explicación en la frustración política de un proyecto democrático-burgués incapaz de crear un espacio que rompiese el modelo impuesto por las oligarquías cafetaleras.

Al finalizar la Segunda Guerra y como consecuencia de la derrota del fascismo, se inaugura en América Latina una nueva etapa. La caída de las dictaduras abre un ciclo de libertades políticas y de

¹⁰ Torres Rivas, Edelberto: *Ibidem*, p. 176.

¹¹ CEPAL: "Notas sobre la evolución del desarrollo social del istmo centroamericano hasta 1980" en *Centroamérica: indicadores socioeconómicos para el desarrollo*, Op. Cit., pp. 95-126.

¹² Rosenthal, Gert: "Principales rasgos de la evolución de las economías centroamericanas desde la postguerra" en *Centroamérica: crisis y política internacional*, Ed. Siglo XXI, Op. Cit., pp. 31 y ss.

desarrollo económico que tiende, en su dinámica, a redefinir el bloque dominante. Centroamérica vive en parte esta euforia democrática y de desarrollismo, pero su desenlace es radicalmente diferente. La caída de Jorge Ubico en Guatemala, que significó el ascenso de los sectores medios y de una burguesía nacionalista con J. Arévalo en 1944 y continuada por Arbenz en 1951 es interrumpida violentamente por el golpe de Estado de Castillo Armas en 1954. Golpe militar que redefine las estrategias e incorpora los nuevos valores ideológico-políticos que buscan una nueva legitimación de la oligarquía. La lucha anticomunista y la concepción del enemigo interno, son las novedades que avalan a las nuevas dictaduras. Las transformaciones democráticas, la reforma agraria, la sindicalización, la participación popular, el surgimiento y desarrollo de los partidos políticos, son vividos por la oligarquía y los militares como un atentado radical al sistema político. Se busca la dominación hegemónica más que en el establecimiento de un sistema de libertades reales, en su idea absoluta, enfrentada, se dice, radicalmente al comunismo.

El bloque dominante se fundamenta a través de una estrategia frente al enemigo. El Estado amenazado en sus cimientos debe actuar en consecuencia. La tarea contra la subversión comunista se deja en manos de las fuerzas armadas. Las dictaduras que surgen lo hacen con el beneplácito y condescendencia de la potencia hegemónica, los Estados Unidos, quienes las patrocinan. Los nuevos gobiernos militares no son, ahora, expresión simple de ansias de poder de caudillos locales o de facciones de la oligarquía terrateniente, representan una nueva dimensión estratégica constituida en torno a la doctrina de la seguridad nacional.¹³

Guatemala, en Centroamérica, marca el punto de inflexión en el contenido material que asumen los nuevos golpes de estado, implicando de igual modo la derrota definitiva de los movimientos democratizadores de corte nacionalista-burgués. Su experiencia así lo atestiguan. Bajo el gobierno de Castillo Armas se pone en funcionamiento los comisariados militares, especie de reclutadores de conscriptos que ejercen, además, la función de control de la población y de informantes ante el comando militar de la zona. Se reorganizan las reservas militares con casi doce mil hombres en armas que son obligados a incorporarse al partido gubernamental (M.L.N.), produciéndose una identificación entre ejército y parti-

do. Se crea la policía militar ambulante (1960) que tiene la tarea de control de la población rural y de brindar protección a los terratenientes. Durante el gobierno de Méndez Montenegro (1966), único presidente civil hasta 1984, se institucionaliza la independencia del ejército respecto al poder civil, otorgando a las Fuerzas Armadas autonomía para designar libremente a los altos mandos así como en la estrategia de guerra antisubversiva y control de la represión política. Se pone en práctica el programa de contrainsurgencia. Las Fuerzas Armadas que se modernizan al amparo de la ayuda proporcionada por los Estados Unidos, se convierten en árbitros y en sustentadores del régimen oligárquico. Sus miembros, desde oficiales de baja graduación, cuentan con prerrogativas estatales para la adquisición de viviendas, tierras y puestos en la administración civil. Su poder se expande a todos los espacios de la sociedad civil, militarizándola y controlándola.

El "guatemalazo"; como lo apodara uno de los más brillantes periodistas e historiadores de la región, Gregorio Selser, indica el camino que siguieron, si exceptuamos a Costa Rica, todos los países del área.¹⁴ La crisis abierta por el surgimiento de movimientos democratizadores es reabsorbida bajo un nuevo sistema de alianzas. La oligarquía se aburguesa y la burguesía se oligarquiza, produciendo una unidad estable entre ambos sectores que pasan a componer el bloque dominante desde los años 50-60. El miedo de las burguesías locales a ser sobrepasadas en sus presupuestos por los movimientos populares, les lleva a renunciar explícitamente al camino de transformaciones sociales, buscando, en adelante, una alianza que garantice, *stricto sensu*, su poder económico y sus beneficios obtenidos gracias a la superexplotación y a la represión generalizada.

Proceso de oligarquización del poder que se extiende por toda la región. Los movimientos democrático-burgueses que buscan transformar las estructuras tradicionales se hayan, en sus intentos, sometidos a continuos golpes de Estado que restan continuidad y van minando su fuerza y vaciando su contenido democrático la propuesta inicial, acabando por ser cooptados o integrados por la oligarquía a un nuevo proyecto de bloque dominante, caracterizado esencialmente por la militarización del Estado y la sociedad civil.

En Honduras, tras la dictadura de Tiburcio Carías (1948) se abre un período histórico que se ha asimilado como la etapa de modernización y reformas

¹³ Véase Torres Rivas, Edelberto: "Ocho claves para comprender la crisis en Centroamérica". *Ibidem*.

¹⁴ Véase Jonas, Susanne: *Guatemala: plan piloto para el continente*. Ed. EDUCA, San José, Costa Rica, 1981.

democrático-burguesas que vivirá el país. Irónicamente éste sería impulsado por viejos colaboradores de la dictadura (gobierno de Gálvez, 1948-1954), por los representantes de la oposición tradicional encuadrada en el Partido Liberal (gobierno de Villeda Morales, 1957-1963) o por el mismo ejército (gobierno de Osvaldo López Arrellano, 1963-1972). Sin embargo, este singular período, que se puede acotar entre 1948 y 1972, se corresponde más con un ciclo de expansión capitalista y reestructuración del bloque en el poder que un proyecto propiamente democrático.¹⁵

La militarización del Estado y de la sociedad civil tendrá su máxima expresión tras la guerra, y consiguiente derrota, con El Salvador en 1969, donde la oficialidad joven, favorecida por la pérdida de los altos mandos, se sitúa en la cúpula del poder llevando a cabo una reestructuración interna que apoyada por Estados Unidos supuso traspasar el mando a una nueva generación educada técnica, militar y estratégicamente en las escuelas norteamericanas. Este proceso culminará en 1975 con la sustitución de López Arrellano por Juan Melgar Castro no sólo como Presidente sino como General en Jefe de las Fuerzas Armadas. La burguesía que se benefició de la etapa modernizadora junto con las capas medias veía cómo sus proyectos sucumbían bajo una recomposición de la oligarquía al cual se sumaron por impotencia y miedo a una radicalización que pudiera terminar en una revolución social de contenido popular. Así se suman a los grupos conservadores que tras el golpe de 1975 vuelven a tener el poder político, esta vez con el apoyo de quienes, en su día, emprendieron este peculiar proceso modernizador en Honduras.

De forma contraria, el surgimiento de una burguesía industrializante en El Salvador con perspectiva política para proyectarse hegemónica al poder oligárquico se haya supeditada desde mediados de la década de los cuarenta a la forma como se materializa el proceso de desarrollo industrial y a los efectos que presenta un crecimiento económico concentrador y excluyente sobre la distribución del ingreso y centralización del capital. Los datos existentes señalan claramente la evolución de este proceso.

La distribución del ingreso no ha cambiado significativamente en los últimos treinta años. En las diferentes ramas productivas la concentración de beneficios se desglosa de la siguiente manera: el uno por ciento de las empresas ganaderas se embolsan

el cincuenta y uno por ciento del excedente producido mientras que el cincuenta por ciento de las unidades productivas más pequeñas no llega a obtener ni el uno por ciento; para el café el uno por ciento de las empresas se apropia del treinta y cinco y el cincuenta por ciento sólo obtiene un uno por ciento; en el comercio el uno por ciento de las empresas grandes se apropia del cincuenta y cuatro por ciento del excedente y el cincuenta por ciento de empresas más pequeñas sólo obtienen el catorce por ciento del total; en la producción azucarera cuatro empresas se apropian del setenta y cuatro por ciento del excedente; en el sector industrial el uno por ciento de empresas se apropia de setenta y dos por ciento del excedente y el cincuenta por ciento de empresas más pequeñas lo hacen sólo del cuatro por ciento. En cuanto a la estructuración del mercado interno y el control que ejercen los grandes consorcios extranjeros así como las empresas monopólicas nacionales sobre la oferta de bienes de consumo la situación no es diferente de la antes expuesta. La pequeña empresa, que constituye el setenta y nueve por ciento de capitalistas, percibe escasamente un doce con ocho por ciento de los ingresos; los medianos empresarios que representan el uno con siete por ciento del total se apropian del veinticuatro con tres por ciento y los grandes capitalistas que representan menos del uno por ciento del total de propietarios de medios de producción se apropian del sesenta y dos con ocho por ciento del total.¹⁶

Los últimos intentos para romper esta dinámica de creciente militarización se producirán con posterioridad a la Guerra de los 100 días con Honduras. En 1972 la experiencia de la coalición Unión Nacional Opositora (UNO), formada por el Partido Demócrata Cristiano, el Movimiento Nacional Revolucionario y el Partido Unión Democrática Nacionalista, cuyo candidato fuese José Napoleón Duarte, será tempranamente frustrada. Sólo logrará conocer los resultados ya que un rápido Golpe de Estado apoyado por los Estados Unidos impondrá al Coronel Arturo Molina, quien contará además con el favor del Consejo de Defensa Centroamericano (CONDECA).¹⁷ Después de siete años de sucederse gobiernos militares, será una parte de la oficialidad joven quienes intentan, el 15 de octubre de 1979, democratizar las estructuras del país. La propuesta de Adolfo Maja-

¹⁵ Sevilla, Manuel: *El Salvador: la concentración económica y los grupos de poder*, Cuadernos de CINAS, Núm. 3, México, 1984.

¹⁷ Salazar Valiente, Mario: "El Salvador: crisis, dictadura, lucha...", en *América Latina: Historia de medio siglo*, Ed. Siglo XXI, México, Op. Cit., pp. 87-138.

¹⁵ Véase Posas, Mario y Rafael del Cid: *La construcción del sector público y del Estado Nacional en Honduras. 1876-1979*, Ed. EDUCA, San José, Costa Rica, 1983.

no y Jaime Abdul Gutiérrez avalada prudentemente por las organizaciones populares y sindicales, tendrá una de las más duras respuestas. El triunfo en Nicaragua de la Revolución Sandinista en julio de 1979 y el auge de las organizaciones guerrilleras en el interior del propio El Salvador, alertan a los sectores más conservadores y los grupos tradicionales del peligro que supone el proyecto reformista. El exilio de Majano a poco menos de un año, va a significar la implantación de un sistema represivo, basado en el terror y la militarización absoluta de la sociedad civil. Así, entre 1980 y 1987 la crisis se expresa bajo una nueva dimensión: la guerra civil y el enfrentamiento directo entre dos ejércitos, el gubernamental y el conformado por las fuerzas revolucionarias agrupadas en el FMLN-FDR que controlan, en la actualidad, un tercio del total del territorio nacional. Situación que impide la gobernabilidad del país, sumido en una crisis de hegemonía y dominación cuya solución presupone, necesariamente, la presencia de las fuerzas popular-revolucionarias.¹⁸

Mientras en los países del Istmo se vivía, con mayor o menor intensidad, un período de modernización y desarrollo político, en Nicaragua se consolidaba paradójicamente la dictadura de Anastasio Somoza. La pugna interoligárquica que caracterizó la vida política del país hasta el advenimiento de la dinastía Somoza dio lugar a un consenso de dominación hegemónica sellando un compromiso explícito entre liberales y conservadores a partir de 1950. La dimensión estratégica de este pacto político mantuvo sin alteraciones sustanciales el acuerdo hasta la crisis abierta tras el terremoto de 1972. Durante este período los distintos sectores del bloque dominante pudieron expandir, ampliar y diversificar sus actividades sin demasiadas trabas, al amparo de una dictadura militar de carácter personal. El ciclo expansivo de la economía capitalista, entre los años 1950 y 1973, favoreció un proceso de industrialización incipiente transformando el modelo primario exportador. La incorporación de nuevos productos de exportación como el algodón y la carne, la instalación de empresas de capital norteamericano y la aparición de los dos principales grupos económicos locales vinculados al Banco Nicaragüense, Banco de América, respectivamente, culminan en una división técnica del mercado, cuyo poder se expande y ampara en una dominación política que recae sobre el propio Somoza y que acompaña con la militariza-

ción de la sociedad civil por intermedio de la Guardia Nacional.¹⁹

Las diferencias surgidas entre ambos grupos económicos, de escasa importancia hasta 1972, hicieron innecesario la formulación de un proyecto democrático, más allá de la demanda de ampliación de espacio para desarrollar sus actividades productivas y especulativas. Los escasos intentos formulados para terminar con la dictadura no tendrían demasiadas consecuencias, excepto la readecuación interna del modelo. El asesinato de Anastasio Somoza García en 1956, culmina, mutatis mutandi, con la ascensión al poder de Luis Somoza (1956-1963). El nombramiento de René Schick (1963-1966) como presidente no alterará el pacto político de 1950. Las contradicciones internas del bloque dominante se asemejan más a protestas inorgánicas que a una crisis de hegemonía. El nombramiento de Anastasio Somoza Debayle en 1967 como Presidente, a pesar de ir en contra del Partido Conservador, no suscitó un enfrentamiento directo ni menos aún un conflicto absoluto de intereses.²⁰

No será hasta 1972 cuando un sector del bloque dominante decida romper el pacto a raíz del monopolio y control que la ayuda internacional, recibida tras el terremoto de 1972, realizará el grupo económico dominado por los intereses somocistas. Hacia fines de 1973 las discrepancias dan lugar al nacimiento de la primera organización política (Unión Democrática de Liberación, UDEL) que gestada dentro de la propia clase dominante, por el carácter carismático de su creador, Pedro Joaquín Chamorro, logra aglutinar a "pequeños y medianos terratenientes y empresarios que cuestionan el somocismo y especulan con las posibilidades de deshacerse de él, propugnando nuevas formas de dominación política. A esta vía se ha sumado el Partido Socialista y las centrales obreras buscando una apertura democrática."²¹

La creciente polarización y politización de la sociedad civil, unida a las acciones armadas impulsadas por el resurgido Frente Sandinista de Liberación Nacional, secuestro y toma de la casa de Chema Castillo en 1974, obligan a la dictadura a la militarización global del país decretando la ley marcial y el Estado de Sitio |decisión política que se mantendrá durante tres años. La unidad de la burguesía no somo-

¹⁹ Véase Roitman, Marcos: *Génesis y desarrollo de la revolución sandinista*, Editorial regional del P.C., Madrid, 1985.

²⁰ Véase Wheelock, Jaime: *Imperialismo y dictadura: crisis de una formación social*, Siglo XXI, México, 1975.

²¹ Véase López, Núñez, Chamorro, Serres: *La caída del somocismo y la lucha sandinista en Nicaragua*, Ed. EDUCA, San José, Costa Rica, 1980.

¹⁸ Véase Benítez Manaut, Raúl: *La teoría militar y la guerra civil en El Salvador*, Tesis de licenciatura UNAM, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1986.

cista en torno a la derogación y término del Estado de Sitio, llamando además al Diálogo Nacional, abrigando esperanzas para una salida democrático-burguesa. La respuesta negativa de Somoza a negociar cualquier cambio sustancial, resta espacio a la opción reformista que se ve además huérfana del liderato al producirse el asesinato en enero de 1978 de Pedro Joaquín Chamorro.

El fracaso de la alternativa democrático-burguesa se produce, por lo tanto, por su tardía aparición orgánica y por la concomitancia que mantuviera con el poder ejercido por la dinastía Somoza desde 1938. El pacto formulado en 1950 denotó la unidad de intereses entre los diferentes sectores que componían el bloque dominante. Así el tiempo de la revolución burguesa se diluía en un compromiso explícito entre los sectores "modernizantes" y la oligarquía tradicional a la cual se integrarían para proyectar un modelo autoritario-desarrollista. Su derrota muestra, en definitiva, la escasa independencia y autonomía para elaborar un proyecto político de contenido democrático alternativo al propuesto por el poder somocista.

A la debilidad estructural que han mostrado las clases dominantes de los países centroamericanos estudiados para afianzar un sistema político cuyo estilo democrático consolidará un régimen de libertades públicas, se vino a contraponer la única experiencia democrático-burguesa que ha perdurado. Costa Rica se alza como un país donde los conflictos sociales y la lucha de clases se dirimen bajo un orden cuya base lo constituye la dominación hegemónica que ostenta y ejerce mediante consenso la burguesía, encontrando su legitimación en el apoyo que recibe de las clases subalternas favorecidas por la actuación democrática del bloque en el poder. Sin embargo, como todas las caracterizaciones propuestas, la experiencia vivida por Costa Rica desde 1948 ha sido objeto de una mitificación que desdibuja con continuos tópicos el comportamiento político y la forma de dominación impuesto por la burguesía local en unión con el sector agroexportador transnacionalizado.

3. El tiempo de los movimientos populares

Con la yuxtaposición de escenarios que indican las dificultades que para el bloque dominante supuso consolidar un consenso hegemónico en la sociedad civil, queda de manifiesto que el carácter de la crisis en Centroamérica se corresponde con espacios, discontinuos en el tiempo, identificables como crisis oligárquica inacabada y proyecto democrático burgués inconcluso, cuando no fracasado. Situación

que tiende, en su desarrollo, a transformarse en una crisis orgánica y deslegitimación del Estado oligárquico-militar, que se debe enfrentar, al mismo tiempo, con la aparición de un poder contrahegemónico: el movimiento popular revolucionario.

La radicalización del conflicto social no devendrá ya únicamente por la existencia objetiva de contradicciones entre burguesía-oligarquía. La dimensión estratégica la determina el carácter orgánico en que se manifiesta la crisis. Siendo su propia dinámica interna la que configura el nuevo escenario donde tiende a desenvolverse la lucha de clases. La total desestructuración de los mecanismos de socialización restan, a las instituciones del Estado, validez para mantener el orden social en los límites de la compatibilidad funcional.²²

La militarización del poder que trae como resultado una concepción totalizadora del papel que cabe desempeñar en el Estado a las Fuerzas Armadas, tiende a negar cuando no a cerrar las puertas para un diálogo "civil" de integración sistémica. A las dificultades tradicionales con que han tenido que enfrentarse las organizaciones sociales y los grupos de presión (medios de comunicación, asociaciones de pequeños y medianos empresarios, universitarios, colegios profesionales, empleados públicos, sindicatos, gremios, etc.) para poder ejercer su función mediadora y de integración, se les une hoy la quiebra o inexistencia de vías institucionales para establecer, con cierto grado de homogeneidad, una conexión de sentido que articule el poder del Estado con las aspiraciones latentes de la sociedad civil. La ruptura que es ya total entre Estado, sociedad política y sociedad civil, ha creado un escenario determinado por el surgimiento de un poder dual que presupone un enfrentamiento entre el bloque dominante y un poder alternativo de contenido contrahegemónico.²³ Si por un lado el actual Estado oligárquico-militar agota su proyección en la sociedad civil a través de una concepción estrictamente militar, guerra contra la subversión, identificando las protestas y las reivindicaciones de ella emanadas como fruto de la penetración comunista; por otro lado la sociedad civil, como representación de la nación, articula un proyecto alternativo reorganizando su lucha bajo

²² Se utiliza el concepto de compatibilidad funcional para señalar los límites que marca el Estado para producir y reproducir las conductas sociales y de representatividad política. Véase: Olin Wright, Erik: *Clase, crisis y Estado*, Ed. Siglo XXI, México, 1983, p. 12.

²³ Un estudio sobre las peculiaridades del poder dual en América Latina que refleja el sentido que adopta la lucha de clases es el expuesto por Zavaleta Mercado, René: *El poder dual en América Latina*, Ed. Siglo XXI, México, Col. Mínima, 1974.

nuevas formas, expresando con ello su capacidad no sólo para hacer frente al terror y a la represión, sino para levantar bajo su hegemonía, recuperando para sí, el papel protagonista en la construcción del proyecto de integración nacional, abandonando, tempranamente, por la burguesía transnacionalizada.

El bloque contrahegemónico es el resultado, por ende, de una nueva realidad político-social que surge condicionada por el propio carácter que ha asumido la crisis de dominación en Centroamérica. La sociedad civil se redefine y expresa a partir de su articulación orgánica donde el protagonismo esencial, que la distancia de anteriores alianzas políticas como la establecida con los sectores de la burguesía en la etapa populista, recae sobre el movimiento popular. Su diferencia lo denota el propio Ethos que encarna el nuevo movimiento contrahegemónico y que "hace referencia ya a un sujeto social y político, ya a una voluntad colectiva que sintetiza a la masa y que tiene a las clases como su principal determinante. Es el pueblo actor, pero lo dicho no significa que tenga una permanente dirección política, no implica la fusión vanguardista masa."²⁴

En otros términos, se ha producido una reestructuración de la sociedad civil en torno a un proyecto político-social donde la heterogeneidad de los sectores sociales que componen la nueva alianza se reconocen orgánicamente bajo la definición amplia de pueblo, categoría que incluye a "sectores, clases o capas que —independientemente del grado de su constitución, de sus niveles de conciencia— comparten la explotación y dominación del sistema".²⁵ Con la reaparición o el surgimiento de nuevos movimientos sociales como cristianos de base, estudiantes, amas de casa, minorías étnicas, organizaciones vecinales, feministas, juveniles, campesinas, del proletariado rural, jornaleros, obreros, empleados públicos, sindicatos, partidos políticos y organizaciones político-militares entre otras, se edifica un proyecto hegemónico que se constituye por su propia dimensión (ser un contrapoder objetivo al Estado oligárquico-militar) en movimiento popular revolucionario. La diversidad de su membresía otorga, además, su primer rasgo característico: ser sustancialmente anti-imperialista, nacionalista, democrático y popular.²⁶

La profundización del conflicto ha terminado por agudizar la crisis y por lo tanto la lucha de clases

es lo que determina estructuralmente el escenario en que se dirime el enfrentamiento. La fuerza con que se ha venido expresando el accionar del movimiento popular, sobre todo a partir del triunfo de la revolución nicaragüense en julio de 1979, permite establecer el segundo rasgo de este nuevo sujeto histórico: su carácter revolucionario y de su unidad estratégica con las organizaciones armadas que han superado la concepción foquista propia de los movimientos guerrilleros de los años 60. Factor determinante que hace de las organizaciones político-militares el ser una más dentro del amplio movimiento popular que sobrepasa la concepción vanguardista: "la verdad es que siempre se pensó en las masas, pero se pensó en ellas más bien como un apoyo a la guerrilla, para que ésta como tal pudiera quebrar a la Guardia Nacional y no como se dio en la práctica: fue la guerrilla la que sirvió de apoyo a las masas para que éstas, a través de su insurrección desbarataran al enemigo: Nuestra principal fuerza estaba en ser capaces de mantener una situación de movilización total: social, económica y política que dispersara la capacidad técnica y militar que el enemigo sí tenía organizada."²⁷

El complejo proceso que ha permitido la articulación orgánica del movimiento popular se haya también determinado por la respuesta que ha ofrecido el Estado oligárquico-militar. El recurso utilizado de extremar al máximo la presencia de las Fuerzas Armadas en las decisiones políticas y que ha conducido, con posterioridad, a la militarización del poder, ha evidenciado la debilidad estructural del bloque dominante para hacer frente al proyecto contrahegemónico levantado por el movimiento popular. La precariedad con que se ha ejercido la dominación burguesa conlleva una profundización de la crisis y por tanto de la lucha de clases que culmina con la consolidación de un poder dual que se expresa en un estado de guerra total.

Llegados a este nivel de organicidad y lucha se pone de manifiesto uno de los aspectos más representativos del movimiento popular: la unidad orgánica y estratégica que existe entre las organizaciones armadas y cívicas que pasan a formar un único frente cívico-militar, expresión definitiva de la consolidación del poder contrahegemónico. Los ejemplos de El Salvador (FMLN-FDR), Guatemala (URNG) y Nicaragua (MPU-FPN) así lo vienen a atestiguar. No cabe duda, en todo caso, que la evolución de cada

²⁴ Camacho, Daniel; Rafael Menjivar: "Los movimientos sociales en Centroamérica". *Op. Cit.*, p. 10.

²⁵ Camacho, Daniel; Rafael Menjivar: *Op. Cit.*, p. 9.

²⁶ Vilas, Carlos: *Perfiles de la revolución sandinista*. Casa de las Américas, Premio Ensayo, 1984, Cap. I.

²⁷ Ortega, Humberto: Entrevista de Martha Harnecker con 50 años de lucha sandinista, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1980.

uno de estos Frentes cívico-militares que dan vida al movimiento popular revolucionario está determinada por la propia marcha de los acontecimientos internos que definen su composición y amplitud a nivel nacional. El triunfo del Frente Patriótico Nacional en Nicaragua que contase con la sólida participación del Frente Sandinista de Liberación Nacional, para derrotar militarmente a la dictadura de Somoza, ha marcado, en cierto sentido, la tipología construida en torno al desarrollo del movimiento popular en los demás países de la región. El estudio de las diferencias nacionales han dado paso a una caracterización más amplia que tiende a poner énfasis en los rasgos más destacados que van configurando el desarrollo de este nuevo sujeto histórico que ha irrumpido en Centroamérica como expresión catalizadora del movimiento popular revolucionario.²⁸ Se trata, así, de romper la visión que, como señala Agustín Cueva, presenta "como los grandes y casi únicos protagonistas de la historia a las oligarquías y burguesías o, en el mejor de los casos, las capas medias; cuando aparecen los sectores populares es siempre como una masa amorfa y manipulada por algún caudillo o movimiento populista".²⁹

La configuración del frente cívico-militar, como expresión del movimiento popular revolucionario donde aparecen representados, sin perder su propia personalidad los diferentes sectores y organizaciones sociales que lo integran, terminan por transformar definitivamente el escenario político y social de la crisis. El protagonismo real alcanzado por las clases populares y subalternas se da, contradictoriamente, por la continua exclusión de éstos en la toma de decisiones y de los mecanismos de participación creados al amparo del régimen oligárquico-militar. La existencia de un espacio político de lucha social que se enfrenta y construye al margen del Estado y la sociedad política como alternativa de poder al mismo, señala las diferencias existentes con las anteriores formas de organización y lucha. La fórmula de unidad estratégica, salida de las propias condiciones

en las que se ha ido desarrollando el enfrentamiento manifiesta la identificación entre pueblo, nación y proyecto democrático, nacional y antiimperialista.

El movimiento popular revolucionario altera y modifica el cuadro que presenta la crisis en Centroamérica, pasando de ser éste su principal protagonista y principal representante de los intereses nacionales. La estructura del enfrentamiento está definida por la aparición de un poder dual, donde es ya inviable una solución parcial a la crisis. El intento pseudodemocrático de El Salvador y la también experiencia civilista en Guatemala, países donde se sigue marginando y reprimiendo al movimiento popular, deja al descubierto los límites de un sistema político donde el poder real sigue estando en manos de las Fuerzas Armadas.³⁰ Asimismo la amplitud regional de la crisis desvela los estrechos márgenes en que se ha movido el régimen aristocrático de Costa Rica, sólo posible durante la etapa de expansión económica; Honduras termina siendo un país alquilado donde la oligarquía sigue gozando de los beneficios de patrocinar una economía dependiente y de enclave, hegemónica por el poder de sus Fuerzas Armadas.³¹

Las nuevas formas organizativas que se desarrollan en las sociedades centroamericanas y que se redefinen en el interior del movimiento popular revolucionario es fruto directo de las anteriores experiencias acumuladas desde los años 30 y de los cambios producidos en la estructura política, social y económica que se generaliza en los años 50 y 60, tras la impronta del modelo desarrollista autoritario. La diversificación y ampliación del mercado interno contribuyó de forma definitiva a transformar la estructura social generando la aparición de nuevos sectores sociales y a consolidar la actuación política, legal o ilegal, del campesinado, el proletariado rural e industrial en las sociedades centroamericanas.³² La heterogeneidad de los grupos sociales que incorpora el movimiento popular revolucionario deviene de esta realidad.

Así, las capas medias, los profesionales liberales, los pequeños y medianos empresarios han irrumpido

²⁸ Para un conocimiento de los casos nacionales se pueden ver los trabajos recogidos en el seminario organizado por FLACSO y UNU en San José de Costa Rica, diciembre de 1983. González, Paulino: "Las luchas estudiantiles en Centroamérica: 1970-1983"; De la Cruz, Vladimir: "Los movimientos gremiales y sociales de las capas medias en Centroamérica"; Navas, María: "Los movimientos femeninos en Centroamérica"; Camacho, Daniel (Comp.): "El movimiento campesino en Nicaragua"; Boege, Eckart; López, Gilberto: "Los miskitos y la cuestión nacional en Nicaragua"; Cabarrus, Carlos: "El Salvador: del movimiento campesino a la revolución popular"; Arias, Arturo: "El movimiento indígena en Guatemala".

²⁹ Cita tomada del texto: "Sobre el movimiento obrero salvadoreño" en *Historia del movimiento obrero en América Latina*, Vol. II. González Casanova, Pablo (Coord.), Ed. Siglo XXI, México, 1985, p. 61.

³⁰ Véase: Aguilera Peralta, Gabriel y Romero Imery, Jorge: *Dialéctica del terror en Guatemala*, Ed. EDUCA, San José, Costa Rica, 1981. Pueden consultarse igualmente los informes de *Inforpress Centroamericana*.

³¹ Para una comprensión mejor del caso hondureño consúltese la obra de Selser, Gregorio: *Honduras, república alquilada*, Ed. Mexsur, México, 1983.

³² Una historia detallada de las formas de organización política y sindical del movimiento obrero y campesino en Centroamérica se encuentra en la obra coordinada por González Casanova: *Historia del movimiento obrero en América Latina e Historia política de los campesinos latinoamericanos*. Vol. II de la obra completa.

do en el escenario político, que presenta la actual crisis, con movimientos sociales ligados al proyecto nacional, democrático y antimperialista levantado por las clases populares. Los nacientes movimientos identificados con la teología de la liberación y cristianos por el socialismo se manifiestan abiertamente comprometidos con un proceso de divulgación de la fe que se une a la necesidad de un cambio social que culmine con una auténtica liberación nacional. Los grupos étnicos se han incorporado de la misma forma reivindicando sus derechos históricos y el reconocimiento de sus peculiaridades étnico-culturales, alcanzables sólo en un marco que rompa el actual Estado oligárquico-militar. La presencia de la mujer, ligada al movimiento popular, es otra de sus características. La aparición de plataformas feministas que incorporan sus reivindicaciones al logro de un proyecto nacional popular les da una base de actuación difícilmente alcanzable fuera del propio movimiento popular. Las organizaciones guerrilleras y arma-

das pasan a representar la fuerza militar del movimiento popular, como un miembro más dentro de este nuevo sujeto histórico.

Ha sido la conjunción de todos los movimientos sociales existentes en la sociedad civil lo que ha cambiado radicalmente el escenario de la lucha que se desarrolla en Centroamérica. La consolidación del movimiento popular revolucionario constituye una realidad incuestionable que obliga a repensar no sólo las características de la crisis que enfrenta el Estado oligárquico-militar, sino también el papel protagonista que le toca desempeñar a este nuevo sujeto histórico en la solución del conflicto. Es, sin dudarlo, el tiempo del movimiento popular revolucionario que representa ya definitivamente los anhelos de libertad, independencia política y lucha antimperialista que no supieron o no quisieron defender las burguesías locales amparadas en ejércitos cipayos y oligarquías plutocráticas.

